

EN HONOR DE LA S. D. TENISCA, UN EXTRACTO DE 'EL FUTBOLISTA ASESINO'

NICOLÁS MELINI*

Para mí es un gran honor participar en este libro conmemorativo del centenario de la S. D. Tenisca porque fui jugador del primer equipo tres temporadas y, de hecho, fue el último club en el que jugué federado. También porque, mi primera novela, *El futbolista asesino*, la escribí muy poco después de aquello, en 1995, y la experiencia de haber jugado en la S. D. Tenisca —en Miraflores por entonces, con Rosendo Hernández como entrenador una vez más—, siendo el personaje de la novela un futbolista de tercera división y sucediendo su historia en La Palma..., no pudo menos que pasar a la novela y que aquella época pueda



* Escritor y guionista.

reconocerse en ella, sobre todo hacia el final, donde además hay alguna escena de partido que perfectamente puede ser identificado como de uno de los nuestros. En recuerdo de aquel tiempo y en honor al club cuyos colores defendí tres temporadas, creo que lo mejor será ofrecerles un extracto breve de lo que escribí entonces. Pura ficción, pero encarnada en mí y como posible «exorcismo» (así se ha señalado) de quien había sido hasta hacía bien poco. El personaje, como podrán imaginar por el título, es un futbolista, pero no cualquier futbolista, sino un futbolista asesino que, llegado este punto de la historia que se recoge a continuación, ya ha cometido una buena colección de crímenes.

* * *

FRAGMENTO DE *EL FUTBOLISTA ASESINO*

Afuera se ha producido un relevo. Hay otra pareja de agentes. La mañana ha ido transcurriendo despacio y he ido poniendo en la bolsa las botas y las canilleras y la toalla y el neceser con el champú y el peine y todo lo demás. Veo, desde la ventana, algunas señoras que van a misa. Y grupitos de niños adecentados por sus madres para el catecismo. Paseo la mirada por las fachadas de las casas del barrio. Los matrimonios jóvenes mandan a misa a sus hijos para poder quedarse a solas. Conozco bien estos domingos. Me afeito, Silvia querida, yo también me adecento para el espectáculo, y antes de salir miro desde la puerta hacia el interior de la casa. Lo he dejado todo tal como quedó: tú, Silvia amor, en el cuarto, con la parrilla para la barbacoa y mis trofeos; tu filete en la cocina, casi intacto, y el fregadero sucio con los restos de mi papilla. Cierro la puerta y me quedo mirándola, convencido de que alguien tendrá que derribarla tarde o temprano si quiere descubrir lo que he hecho. Desciendo la escalera y salgo a la calle, donde todas esas señoras gordas van en la misma dirección, y veo que en esa misma dirección se alejan tres de los chicos del estanque. De domingo. Bien peinados. La nueva parejita de policías me ha visto de inmediato y me quedo frente al portal esperando a que pase algún taxi o suceda cualquier cosa. Todavía abrigo la esperanza de que me envíen al de la coleta. Pero no.

Transcurre un buen rato y pasa un coche lleno de aficionados del equipo. Me ven y agitan sus banderas y pitan una y otra vez cuando yo alzo la mano y les sonrío cómplice al paso.

Pero enseguida veo que se acerca por la carretera un coche azul que creo reconocer. Viene despacio y se detiene junto a mí y la mujer que ocupa el asiento del copiloto grita: ¡Vamos!, y yo asiento y subo detrás con la bolsa de deporte.

—Hola, buenos días —dice la mujer y su marido dice—: Qué tal.

—Bien. Buenos días —digo yo.

El hombre está al volante y ella se vuelve en su sitio para poder hablar conmigo. Yo me pongo la bolsa de deporte sobre los muslos, el coche sigue su camino y creo que los policías vienen tras nosotros. Me vuelvo para comprobarlo y elevo la mirada hacia la ventana de nuestro piso, Silvia querida, y en efecto los policías se vienen conmigo pero además descubro que te encuentras (eso me parece) tras los cristales de una ventana. Pero no, no puede ser, aunque sin duda se trate de tu rostro ensangrentado. Debo de estar perdiendo el juicio por completo.

—¿Entonces? Cómo ha ido la semana —la mujer resulta muy cordial, como otras veces que he hablado con ella.

—Bien. Estamos fuertes.

Ella asiente y parece conforme y su marido escucha y mira por el retrovisor.

—A ver... —dice ella con ilusión.

—Sí. Vamos a ver —digo yo.

El hombre es introvertido, pero ella... a menudo podemos escuchar sus gritos en las gradas, animándonos o insultando a los jueces de línea. Él no grita en absoluto, pero tampoco parece pasárselo demasiado mal. Según tengo entendido no tienen hijos. Ese debe de ser el asunto.

Y miro el techo del coche azul, su vieja tapicería, y no sé por qué me estremezco. Por mucho que lo intento no encuentro nada siniestro en esta situación (dos personas encantadoras me llevan al campo de fútbol), salvo el recuerdo de tu visión en la ventana hace un rato. El mundo en domingo es amable con los futbolistas... Y tal vez los coches fúnebres deberían ser azul celeste, como este coche.

—Hoy tienes que estar bien seguro ahí detrás —se refiere a mí en mi puesto de defensa.

—Bueno —convengo—, como siempre.

—Pero ese tal Millares... —deja en el aire su advertencia.

Me quedo pensativo un rato y luego digo:

—Millares... —creo que he oído hablar de él, pero nunca he prestado mucha atención—
De qué juega Millares.

La mujer mira a su marido y éste levanta la cabeza para mirarme a través del retrovisor.

—Medio punta, creo, pero no estoy muy seguro.

Yo asiento.

—Es nuevo, ¿no?

—Diecinueve años —me responde él telegráficamente.

Yo sigo asintiendo.

—En las cuatro primeras jornadas ha metido siete goles —dice ella.

—Vaya.

En efecto. Cómo no. He oído hablar mucho sobre él últimamente, pero es que no suelo participar en ese tipo de conversaciones. Sabré de quién se trata en cuanto entre en juego.

Miro de nuevo hacia atrás y veo que el coche de policía nos sigue a una distancia bastante considerable, tal vez porque no quieren inquietar a estas dos bellas personas, pero nos acompañan hasta las mismas inmediaciones del campo.

—Que todo salga bien —dice la mujer, y su marido dice—: Sí, suerte.

—Gracias —me despido al abandonar el coche azul. Y ellos se alejan.

Entro en el campo y me saluda el que está en la puerta y todas las personas que me voy encontrando en el camino hacia los vestuarios.

El aire, aquí, es tremendamente limpio, tanto que las primeras bocanadas que respiro me provocan un dolor agudo en el pecho. Y es como si ya estuviese en el cielo, porque las nubes están muy cerca ahí arriba y tal vez descendan a ras del terreno de juego en medio del partido y no veamos ni tres montados en un burro. Miro hacia el mar, que está abajo, lejos, como una muralla de agua, y miro hacia el monte, que está ahí, oculto tras las nubes.

El resto de mis compañeros va llegando a los vestuarios. Hay veinte equipos en primera división, a donde algunos ni siquiera hemos soñado con llegar alguna vez, veinte de Segunda A, no sé cuantos de Segunda B y cientos de Tercera: un perfecto colador de esperanzas hacia una gloria incierta. Solo nos queda el consuelo de que existan dos o tres categorías inferiores. La gloria es, al principio, una ilusión, y está por llegar, pero después la gloria (no sabes en qué punto se trastocó la cosa) ya no es más que un recuerdo, y no hay peor frustración que la nostalgia.

Alguien está diciendo algo sobre Maradona. Que vuelve al fútbol después de cumplir su sanción por lo del Mundial de Estados Unidos. Cobrará una fortuna y no se quitará el pendiente aunque se empeñe el seleccionador, que ha declarado que no quiere maricones en el equipo nacional. En fin: nazi el tipo. Pero es un imbécil, también Maradona. Si Pelé es el Rey del fútbol Maradona es Dios (que bendijo con su mano a Inglaterra), pero un dios bobo, indigno. Pelé ha seguido siendo el Rey incluso fuera del terreno. Una leyenda viva. Y sin embargo Maradona es débil, cobarde, un boxeador sonado, pusilánime fuera del cuadrilátero. Que se cuide de la nostalgia, porque puede ser la suya una frustración criminal, que lo destruya como hombre. Aquí todos hablan sobre Maradona con admiración, lo animan a seguir y se alegran por él. Pero ahora alguien dice algo sobre el Buitre, que si ha sabido ser Dios al final de todo, y parece estar a salvo de la bilis negra.

Charly sube a la mesa de masajes. Está en calzoncillos, descalzo, tiene las canilleras desabrochadas y nuestro gordo utillero, mal masajista, comienza por sus gemelos. Charly tiene un viejo coche amarillo lleno de pesetas porque cuando se encuentra una peseta en el bolsillo la tira dentro del coche. Bien mirado, a lo mejor los coches fúnebres deberían ser (ni azules ni negros) de un amarillo bien chillón. Charly es así, tiene un coche amarillo lleno de pesetas como una de esas fuentes en las que se pide un deseo, y alquila y graba películas gore. Nuestro gordo utillero le aplica en las piernas un mejunje que él mismo mezcla y cuando ha terminado Charly tiene las piernas bonitas y brillantes para el espectáculo y todos los maricones que vengan hoy al fútbol se fijarán bien en ellas para hacerse una paja esta noche a su salud. Minguelo salta a la mesa de masajes sobre Charly y grita maricón y le mete mano en los huevos y en el culo. Y Charly se revuelve y grita cabrón mientras las piernas de ambos se masajean entre sí resbaladizas mientras pujan, el uno humillador y el otro humillado. Todos ríen. Charly y Minguelo son nuestros dos puntas y estas demostraciones afectivas son habituales e imprescindibles para que el tándem funcione. De hecho Minguelo no saltaría así sobre otro delantero del equipo, y si lo hiciera a lo mejor Charly nos ofrece un ataque de celos. Mientras su relación funcione los otros delanteros están condenados al banquillo.

—¡Me voy a comer tus huevos, cabrón! —grita Charly. Parece enfadado y le ha salido la vena gore: comerse los huevos de Minguelo.

Minguelo parece divertirse.

—Me has hecho daño —Charly intenta deshacerse de él.

Pero Minguelo lo abraza y le habla cómplice al oído y todos escuchamos:

—Que me vas a comer los huevos —sonríe y le muerde la oreja y Charly se muestra mohíno y grita.

—¡Joder! —y consigue desembarazarse de Minguelo.

Todos reímos.

Nuestro gordísimo utillero me lava las piernas con su abrillantador. Estoy tendido boca abajo sobre la mesa de masajes y entra el técnico.

—Vas a jugar de libre —dice.

Me ha tocado el hombro y se encuentra junto a mí pero no lo veo porque estoy boca abajo.

—Quiero a Rafa de central para que se pegue a Millares —habla como si lo conociera. A Millares, o sea.

El utillero me acaricia una pantorrilla y luego me bordea con cuidado la corva cuando asciende hacia el muslo.

—Dónde juega Millares —digo. El tipo del coche me dijo que es medio punta.

—Es medio punta —dice el técnico.

—¡Y lo emparejas con el central!

Estoy boca abajo y hablo sin mirarle. No responde inmediatamente.

—Rafa es el mejor marcador —alega.

—Pero si ese tal Millares es un tipo listo retrasará su posición, nosotros tendremos a Rafa en la mitad del campo y habrá un desierto entre su posición y la mía. Voy a tener problemas. Cómo le hago las coberturas.

Nunca me meto en su trabajo. Pero qué demonios, este puede ser mi último partido. Me vuelvo para ver cómo me mira. Me reprocha que lo ponga en evidencia y me amenaza con la mirada y cuando aparta de mí sus ojos está claro que no va a modificar su estrategia.

—Ve a sentarte y atiende.

Y yo, hombre grande, me bajo de la mesa de masajes y me siento con todos.

Ya es la hora y estamos en el vestuario listos para salir, en pie sobre nuestros seis tacos de metal. Saltamos y andamos en el sitio haciendo ese ruido inconfundible, como si tuviéramos espuelas o seis grandes uñas debajo de los pies. Y cuando veo que nuestro portero abandona el vestuario entre gritos de aliento y uno tras otro lo siguen, yo me voy rezagando. El ovillo que somos se devana hacia la puerta y antes incluso de cruzarla (siempre salto al terreno el último) algunos han llegado a la intemperie y puedo oír los primeros aplausos. Al salir no dejo por detrás a nadie que tenga que seguirme.

La hierba se muestra hermosísima y no hace ni frío ni viento ni calor. Comenzamos a hacer unos ejercicios a lo ancho, como un pequeño ejército bien adiestrado, y voy localizando a la gente en las gradas: no veo, por ahora, ni al padre ni a la madre de Silvia. Tus padres, Silvia amor. Hay, eso sí, un buen número de policías alrededor del terreno, tal vez más de los habituales, aunque a lo mejor son solo cosas mías. Y por fin veo a tu padre, Silvia querida, y no sé si pensar que lleva aquí mucho tiempo o que acaba de llegar, pero parece muy inquieto, no está

sentado y un poco más allá se encuentran los dos tipos de la policía que vinieron ayer a casa. Creo que tu padre está con ellos, o por lo menos se miran y parecen tramar alguna cosa. Tu padre mira también alrededor y creo que todavía no ha perdido la esperanza de que aparezcas.

Mientras tanto, nosotros seguimos coordinando nuestros movimientos como un pequeño ejército, a un lado y al otro y abajo y arriba. En la otra mitad del terreno los contrarios hacen también algunos ejercicios, pero no son tan disciplinados como nosotros. Se desperdigan a lo ancho de su mitad, haciendo, a su aire, cualquier cosa. Somos superiores. Me pregunto cuál de ellos será el tal Millares.

Comienza el partido y el padre de Silvia abandona el campo. Le veo recorrer las gradas hacia la salida y uno de los tipos que estuvieron ayer en casa hace por detenerlo pero finalmente lo deja marchar y regresa junto a su compañero.

Ya sé quién es Millares. Rafa se pega a él pero es muy rápido, con y sin balón, y sabe soltarlo al primer toque sin dar a Rafa la menor oportunidad de cazarlo. Hace una pared y Rafa no llega, se ve completamente rebasado y Millares larga el balón desde el centro del campo y corre hacia el córner. Yo voy al cruce y él llega un poco antes, pero lanzo la puntera al balón y lo desvío fuera de banda y dejo la pierna en alto para que la inercia de su carrera lo haga salir despedido por encima de los tubos que delimitan el terreno. Los espectadores recogen a Millares mientras vuelvo a mi posición.

No creo que se arredre. Este Millares es de los que no escarmientan. Regresa al interior del campo, sin mirarme, pero llega por fin junto a Rafa y entonces sí, nos miramos. Los dos estamos en nuestro sitio. No soy su marcador pero el duelo lo establece conmigo.

Han transcurrido los primeros veinte minutos de la primera mitad. En las gradas debe de haber unas quinientas personas y los tipos que estuvieron ayer en casa se han sentado con alguna otra intención que la de ver el partido. Mantienen una actitud, ahí quietos, que nada tiene que ver con alentarnos, y una expectación que tampoco está relacionada con nuestro juego. Millares ha estado buscando una ocasión más de vérselas conmigo. Ahora me encara con el balón controlado, tengo medio campo por detrás y corro de espaldas, sin perderlo de vista, basculando a un lado y a otro, esperando que se adelante el balón para saltar sobre él, pero lo lleva pegado a los pies y me busca con la intención de irse por un lado o por el otro y rebasarme y enfilarse la portería. Cuando se decide no me queda más remedio que deslizarme sobre la hierba y golpear el balón y doy con él en el suelo. Cae sobre mí y a juzgar por los gritos del público ha debido de hacer algo feo a mis espaldas. El árbitro pita a mi favor y se dispone a amonestarlo, pero en esto un hombre espontáneo salta al terreno, trémulo, y corre hacia nosotros con una botella en la mano. Está borracho y cuando corre parece tan vulnerable en comparación con el resto de los hombres que estamos aquí dentro. Persigue a Millares, débil, va a por él y a Millares no le cuesta gran esfuerzo esquivarlo. Lo dribla. El hombre se resbala con su calzado impropio y cae sobre la botella. Se ha cortado una mano y sangra. Llego junto a él y me doy cuenta de que el público ha pasado de los gritos de sobresalto a sumirse en un silencio violentísimo.

—Papá, ¿estás bien? —Consigo que se levante del suelo y lo conduzco hacia un lateral.

La afición tiene un nudo grande en su garganta. Un nudo grande en su poderosa garganta de multitud.

—Tú no te has dado cuenta —dice. Su mano ensangrentada deja un reguero de sangre sobre la hierba a nuestro paso. Luego dice—: No lo has visto, pero quiso darte por detrás —Está llorando—. Quiso darte.

Llora alcohólico. Depresivo. Y yo lo voy tranquilizando. Pobre hombre. Cómo llora. Sus lágrimas y su sangre. Sus ojos rojos. Su sudor febril. Esa fragilidad del cuerpo de todos los padres. Y después de todo esta forma suya de decirme al fin que me quiere, de redimirse rompiendo una botella para defenderme como nunca antes se atrevió a hacerlo.

Llegamos a la banda y dos policías nos esperan sin entrar en el campo. Yo, sin salir, les entrego a mi padre. Cruza la frontera. Pasa de mis manos a las suyas. No me importan las miradas de todos, su silencio infinito. Al público se le ha cortado la respiración. Mi padre se aleja custodiado por los policías. No le harán nada. Claro que no. No ha hecho nada malo. Claro que no. Al contrario, curarán sus heridas y lo soltarán en cuanto esté sobrio, sereno, claro. Claro que sí. Él trata de volver su cabeza entre los dos policías uniformados, pero yo vuelvo a mi posición.

No puedo evitar desorientarme un poco, olvidar el oficio y andar como si no estuviera aquí. Como si no fuera un futbolista. Sin el ademán de suficiencia profesional. Sin suficiencia en absoluto. Como cuando paseo por la calle sin rumbo fijo. El mar enfrente está grandioso, surreal, como si estuviésemos jugando a la deriva. Las nubes sobre nuestras cabezas circulan vertiginosas hacia el suroeste, empujadas por una brisa imprevisible, pero no se acaban nunca y pasan bordeando la montaña, haciendo sombras chinescas y fugaces sobre la hierba.

Quisiera contar lo que me pasa. Pero no se trata de ninguna historia: qué género literario es todo esto que siento.

Termina el primer tiempo (1-0, Charly en el minuto 39' más o menos) y todos enfilamos el camino de los vestuarios. Tenemos que pasar entre las dos gradas principales. Los policías vienen a nuestro encuentro y se concentran ahí, justo en la zona por la que tenemos que pasar. Hay diez, o veinte, o treinta. Son muchos. Demasiados. Y el público abronca a Millares. HIJO DE PUTA, gritan. Pasamos entre los policías y los aficionados y les oímos gritar en nuestros oídos: CERDO, ERES UN CERDO, MILLARES. Otro dice: FEO CABRÓN. HIJO DE PUTA, llevando a cabo lo que ellos creen que es justicia deportiva. MÁRCHATE PARA TU TIERRA. Una mujer grita: A TI NO TE QUIERE NI TU MADRE DE LO MALO QUE ERES. Se oyen risas, la gente se ríe de esto último y se olvidan de seguir insultando a Millares. Camina a mi lado. Caminamos el uno junto al otro. Pero yo salto un muro y corro. Mis tacos de metal hacen chispas al rayar el suelo de cemento bajo mis pies. La gente está desconcertada y su desconcierto se eleva por el aire. Lo dejo atrás. Ese murmullo, el griterío histérico. Lo estoy dejando atrás. Pero todo el mundo ha subido a lo alto de las gradas y me miran huir. Un futbolista (mi número cinco) corriendo hacia el monte, corriendo hacia el monte con el equipaje del equipo puesto, el escudo en el corazón, como debe ser. Corro y oigo un disparo y no miro atrás, sigo corriendo y los gritos de la gente reaccionan ante el disparo y suena otro. Es el padre de Silvia, tu padre, Silvia, amor, que lo sabe todo. Sospecho que te ha encontrado y vuelve a disparar, me dispara, pero entro en el monte, fuera de su alcance, y a pesar de todo oigo un disparo más.

No me detengo. Asciendo entre los pinos y las botas me facilitan la palanca al correr, pero me voy a torcer un tobillo porque el terreno es tan irregular y hay barranqueras y a veces los tacos se clavan pero a veces no, sin previo aviso, y puedo oír el metálico sonido de los tacos al golpear las piedras. No me detengo y corro y enseguida hay una niebla densa entre los pinos, el suelo está húmedo y los helechos sudan y las hojas de lo alto gotean sobre mí su rocío. El sol no consigue penetrar la floresta.

Estoy en el cielo. Una brisa imprevista se levanta entre los pinos y la niebla se desplaza vertiginosa arremolinándose en zigzag, serpenteante, en fuga como un animal frío y mojado.

Estoy en el cielo. Estoy en el cielo. No me detengo y corro. Me han llovido los árboles encima. Estoy empapado. Al cielo hay que venir con anorak, como al mar. Con uno de esos anorak con capucha. Amarillos. Y corro y alcanzo un claro. Se me abre el cielo encima y el sol está en lo alto, vertical, en medio del azul: el mundo es como el núcleo de una muñeca rusa, y se encuentra en el centro de un montón de cielos concéntricos.

Me adentro de nuevo en la floresta. Se trata ahora de un bosque completamente penetrado por la luz. Y me detengo. No estoy cansado. Miro alrededor. No sé hacia dónde seguir corriendo. Debo de estar bastante lejos del campo. Los policías me siguen, a pie, andando, barriendo la zona que he atravesado para llegar hasta aquí. Pero son pocos, todavía. Camino hacia cualquier sitio, cualquier lugar menos hacia atrás. Varios kilómetros. Desciendo al fondo de un barranco tupido de vegetación. Hay pinos equilibristas clavados en las paredes verticales. Me doy cuenta de que voy dejando a mi paso unas huellas inconfundibles. Seis uñas de metal, dos en el talón, cuatro en la planta. Seguirán mi rastro.

Asciendo la ladera contraria del barranco. Camino mucho, sin detenerme ni un solo momento durante varias horas, hasta que empiezo a oír el sonido de las puertas de varios coches. Se abren. Se cierran. Por algún sitio ahí arriba pasa la carretera, y escucho unos perros. Son cazadores y están cazando. O cazan conejos o me buscan. Consigo ver un furgón y a un par de personas y no doy crédito a mis ojos. Algunos aficionados del equipo han venido a por mí, con sus perros. Doy media vuelta y corro. También escucho unas motos ruidosas. Vienen por la carretera y en realidad ya no sé hacia dónde correr. Oigo perros y motos y personas por todas partes. No puedo correr hacia la carretera. Sé que por abajo deben venir los que siguen mi rastro. Todavía no me ha visto nadie. Corro. Algún aficionado se ha traído los perros de caza. Actúan por su cuenta. Seguro que a alguno le gustaría que esto durase un poco. Lo suficiente. Algo más. Camino con cautela. Y así un par de horas. No sé dónde se encuentran, si detrás o delante. Si arriba o abajo. Miro a los lados. Oigo una moto y huyo en dirección contraria. La carretera debe de estar lejos y sin embargo la moto suena tan cerca, entre los pinos. Y corro y zigzagueo. A veces no me da tiempo a prever las sorpresas que me depara el terreno metros más adelante, subo y bajo y freno y corro hasta que sin previo aviso salto unos matorrales y me encaro con un tipo. Su moto parada y él acuclillado con los pantalones por las rodillas, de uniforme, el casco en el suelo. Y me ve y trata de alcanzar la cartuchera en el cinto del pantalón pero doy cinco zancadas y le golpeo en el rostro con el empuñador y rueda tieso.

He golpeado su cabeza con un disparo técnicamente perfecto, tan bien como si despejara de volea, y todo gracias a que los tacos me han sujetado bien al terreno la pierna de apoyo, que siempre es la más importante. El tipo está muerto o inconsciente. Lo dejo atrás, corro, sigo mi camino y tras recorrer unos treinta metros me detengo, me lo pienso y regreso. Cojo su pistola. No sé ni por donde se meten las balas, por detrás o por delante o en una de las caras de la empuñadura. Pero no importa. Seguro que hay algún mecanismo que le abra las tripas, y un seguro que debe de ser este botón pero no sé en qué sentido libera o bloquea el gatillo y no es cuestión de comprobarlo ahora para que todos escuchen el tiro y acudan.